

Capítulo de regalo de Mejor morir bajo un zapato

Blanca se queda sentada con las manos sobre la mesa, las mantiene enlazadas, inmóviles. Ve partir a Malena con la mirada de un ciego que alguna vez vio. Conoce los colores y las formas, por ello las evoca. Imagina a su amiga salir de la cafetería de visitas, caminar entre colores agotados hasta el edificio de la aduana, hacia el fin de los muros. Sigue sus pasos en el estacionamiento; sus movimientos dentro del auto son cada vez más lejanos. Su mirada no se encuentra en la nada, se extravió en la ensoñación. Cuando no le queda más remedio, cuando de las meriendas traídas por los familiares sólo quedan desperdicios y se ha silenciado la competencia sonora de radios y grabadoras, se pone de pie y se adentra en el pasillo; larga separación de cualquier contacto con la libertad. Avanza sobre un piso de cemento pulido que empieza a serle cotidiano, ve caras a las que se ha habituado sin opción. Llega a su celda, se deja caer en un colchón delgado sobre una de las bases de concreto, estrechas prolongaciones nacidas de las paredes como camas. Recarga la espalda en la esquina formada por el muro y la barda que separa el inodoro. Le toca el peor de los camastros, el que corresponde a la reclusa con menos derechos, a la más nueva. Al terminar los días de visita, el regreso a ese espacio íntimamente compartido le es doloroso. Hoy mucho más. El gris de las paredes la amenaza con eternizarse. La imposibilidad de localizar a Manuel se condensa en sus ojos, las lágrimas los rebasan. Los limpia con prontitud. No es buena idea mostrarlas. Eso ya lo aprendió. Tiene que aparecer, tiene que haber una explicación, se dice para darse fuerza. No puede ser cierto todo lo que dice el abogado, él qué va a saber si, al principio, ni siquiera me creía. Pasa la mano sobre la almohada, la funda aún es tersa; es la de su cuarto. La presiona, siente las bolas de hule espuma formadas por ese material y por el tiempo bajo la cabeza de su compañera. La suya, la de pluma, la que le permitieron llevarle a su padre, se la arrebató la mujer del camastro de enfrente en cuanto la puerta se cerró la primera noche. En ese espacio lo privado desaparece. Las escasas pertenencias son propiedad del capricho. Nada se puede guardar, todo tiene valor. Quédate con la funda, yo tengo la mía azul, le dijo la mujer al aventarle el trozo de tela. Blanca ahora la abraza, se la lleva a la cara, sume la nariz, aspira. Espera encontrar en ella algún vestigio de su vida, un aroma que la saque de ahí en una inhalación. Lo encuentra: el olor ya casi imperceptible del suavizante de telas. Se aferra a ella con más fuerza, ciñe ese rastro huidizo, recordatorio del tiempo. El antes y el ahora. El ahora más criminal que todas sus huéspedes juntas; ladrón, asesino del pasado irrelevante, del futuro inexistente. Del tirano presente,

Blanca escapa en ese momento ayudada por el más leal amigo de la memoria, el olfato. Entra una mujer y se sienta en la litera de enfrente. Qué onda güera, ora sí vino tu hermana. Sí, le responde Blanca. No se molesta en aclarar su relación con Malena pero sí en dejar la almohada a un lado. No desea perder el consuelo de su funda, por eso procura movimientos pausados. No debe parecer vulnerable. Ni arrogante, piensa al mantener la cabeza baja. Sus precauciones parecen dar resultado. La mujer se olvida de ella. Blanca se recuesta, cierra los ojos. Regresa a su casa, no a la suya, a la de niña, al librero de su habitación, a sus lecturas de infancia: cuentos de hadas y aventuras marítimas. Historias lejanas aplastadas por el presente. Absolutamente inverosímiles dentro de esa celda, donde las

mejor morir bajo un zapato

55

criaturas mágicas no tienen cabida y el mar es más distante que la propia libertad. También había sueños de fuga, de venganza. Evoca al personaje principal de una novela. Siempre lo imaginó atractivo. Lo vislumbra olvidado en la oscuridad, con la barba tan larga como el encierro, tan enredada como la inconformidad. Lo ve con un traje negro, un reloj con cadena de oro en el que mira la hora. La de la justicia. Esa a la que ella no tiene acceso. Elimina estos pensamientos de su cabeza para seguir la historia de Edmundo Dantés, ese personaje de otros tiempos en los que no existía la tecnología, cuando menos no las cámaras, ni las bardas eléctricas, ni las computadoras para rastrear los pasos de las personas. Lo sigue en sus hazañas agridulces que no consiguen borrar el tiempo pasado pero consumen los días. Si pudiera ser él. Sabe que es imposible. No va a intentar la locura de escapar. Soñar despierta es su única alternativa: vagar entre la fantasía y, por segundos, atarla a su realidad. Agradece mentalmente la saturación del librero laqueado de blanco de su habitación; cuando lo desee buscará otro cuento, otra novela, otro mundo, siempre mejor que el suyo. No oyes la llamada, no vas a tragar, le pregunta su compañera. Seguro a la güerita no le gustan los menús de aquí, le comenta en tono burlón. Blanca se incorpora sin abandonar por completo la trama de la historia. Al menos no se encuentra amarrada, no existen los grilletes y la comida no llega a los extremos de un plato bajo la reja. Sumisa, se pone de pie. En realidad, los domingos en el penal son, un poco, como lo son para los niños. Por un lado son emocionantes, son de visita pero, por otro, terminan pareciendo sombríos, preludio del ineludible fin del descanso y principio de una semana más. Blanca ha aprendido a llenar esas horas vacías habitando en los relatos de su memoria. Eso es lo que necesito: libros, se dice al caminar hacia el comedor. Recuerda uno de los últimos que leyó cuando estaba enferma. Una novela que consiguió el mismo

efecto que ahora busca: evadirse de la cama, de la inmovilidad. Fueron páginas que apartaron su mirada del reloj y lograron que los minutos pasaran ágiles. Hablaban del trastorno en la vida de una mujer por la visión velada que años de vida religiosa le dejaron. Encerrarse por gusto, piensa haciendo un gesto de desagrado. O por ingenua y tonta, añade cambiando la expresión a tristeza. Ya en el comedor, estira las manos con el plato en ellas, una cuchara de aluminio opaco lo llena. A la güerita no le gustan los menús de aquí, recuerda las palabras de la mujer. Claro que no. A quién le gustan. Tiene hambre y aunque esa sustancia espesa de harina inhibe el apetito, se fuerza a comer. Toma bocados pequeños para no sentirlos dentro de la boca, para tragarlos sin mucho esfuerzo. El pan también lo parte en trozos pero por una razón distinta, para disfrutarlo, para que dure un poco más. Da sorbos a un vaso de agua. Ella siempre la pedía embotellada, sin hielos. Por supuesto se cuestiona el origen del agua que ahora bebe. No tiene otro remedio. Procura no pensarlo. La necesita, claro está, para vivir, pero también para ingerir sus medicinas, las pastillas que su padre debió entregar junto con las recetas. Se las dan las celadoras. Debe tragarlas frente a ellas porque los medicamentos nutren el mercado negro. Recuerda la preocupación de Malena por la vacuna de hepatitis o por sus chequeos rutinarios. Debe ser por eso que dicen que al perro más flaco se le suben todas las pulgas, piensa. Con un movimiento de cabeza maldice en silencio su mala suerte, su relación con Manuel, el día en que lo conoció y la aprehensión injusta que la mantiene dentro de ese manicomio. Casi no levanta la vista de los platos. Por temor. Aún se siente como el niño que llega a la fiesta en la que todos se conocen. Ser la niña bonita no es un privilegio. La mirada segura es temeraria, los modales y las buenas costumbres son tan estorbosos como la raíz de la hierba mala, pero igualmente profundos. Sabedora de todo esto, come tratando de pasar desapercibida. Se esmera por no tomar la cuchara con delicadeza. Aprieta todos los dedos alrededor del mango. Hazte para allá, güera, le dice una mujer empujando sus cosas al sentarse a su lado. Blanca no dice nada. Espera a que su compañera se

mejor morir bajo un zapato

57

ocupe de sus propios alimentos para mirarla. Esboza una leve sonrisa, no se trata de la misma de su celda, es otra más amable; sin embargo, Blanca permanece en silencio porque en el poco tiempo que lleva ahí adentro ha aprendido que las jerarquías son inamovibles. Gracias a Dios, no en carne propia, piensa al recordar a la reclusa delgada que llegó hace quince días. Le dieron una lección por hacer notar sus atributos físicos. En realidad, a Blanca le había causado una buena impresión, tal vez pensó que podía identificarse con ella, pero a las

meras jefas, M.J., como ellas mismas se hacen llamar, les pareció altiva desde el primer momento. No abotonarse el tercer botón de la camisa fue la mayor provocación. Ésta pinche chamaca se cree muy buena, oyó Blanca comentar a varias. Aquí va a aprender lo que es sabroso, ahorita le enseñamos, continuaron en tanto Blanca fingía no poner atención. Aunque ella misma llevaba poco tiempo, el sentido común le aconsejó la inacción. Comprobó su acierto cuando a los pocos días, al terminar las fajinas, oyó agitación en la lavandería. Se mantuvo a distancia, procuró anudar las hebras de los sonidos que llegaban hasta ella. Quejas ahogadas. Voces murmurando a coro. No conseguía distinguir las palabras de aquel canto cuyo ritmo era amenazador. Después, oyó pasos. Supo entonces que era momento de correr. Se dirigió al comedor, como cualquier otro día dejó que su plato fuera llenado con el guiso, en esa ocasión, de color verdoso por las acelgas que flotaban en él. Se sentó, empezó por un trozo de tortilla. Algo sólido para el estómago; algo que ocupara sus manos, su atención. Otras internas fueron llegando. Levantó la vista en una mirada furtiva. Eran ellas. Las M.J. Tomó la cuchara y comió atenta a la inasistencia de la nueva reclusa. El resto del día transcurrió sin noticias. Blanca no se apartó de su rutina, de su espacio; se ciño a ambos con la esperanza de hacerse transparente. Pasó una semana completa antes de que la joven delgada volviera a aparecer con la cabeza baja, arrastrando los pies y con una venda que asoma por el escote, aun cuando el penúltimo botón de la blusa está abrochado. Estas M.J. ya se chingaron a esa flaca, le dice por lo bajo una interna a otra. Sí, por eso lo de M.J., méndigas jodidas, contesta la primera. Las dos mujeres ríen. Ni su hilaridad, ni el andar dolido de la víctima, ni el intercambio de miradas cómplices entre las Meras Jefas alteran la hora de descanso. Todas siguen con sus actividades. Varias dormitan en sus celdas. En el patio, dos reclusas sentadas en el piso se cortan la orzuela mutuamente; otro grupo juega dominó. Blanca lee un libro en voz alta a algunas compañeras, lo hace de modo que puedan escucharla pero cuidándose de no molestar a las demás. En esos instantes no lee con demasiado interés porque atiende la reincorporación de la reclusa, la reacción de las otras y la duda en cuanto el acierto al elegir la lectura. Pidió a su padre, y también a Malena, distintos títulos. A su amiga le dio libertad, le encargó libros que ella hubiese leído, por supuesto nada de medicina, le aclaró. A su padre le entregó una lista de clásicos que podría encontrar en el librero laqueado de blanco. Autores leídos en la preparatoria, la mayoría por obligación. Ahora piensa disfrutarlos. Se pregunta si lo harán también las compañeras dispuestas a su alrededor. Está leyendo *Los Miserables*. Las distracciones de los radios de las celadoras y sus pensamientos hacen que pierda el renglón,

con el dedo índice recorre la página en busca de la última frase pronunciada. No tiene costumbre de leer en voz alta y le cuesta trabajo dar la entonación correcta. No consigue disfrutar de igual forma las imágenes. Pocas veces se permite descansar para evocarlas, para darse tiempo a la reflexión. Casi se arrepiente de haber accedido a compartir el relato. Una mujer de más edad, a la que le faltan varios dientes, la anima a seguir. Blanca se apresura a retomar la historia. Avanza a diario a la hora del descanso. La novela sale de las hojas, se instala entre las mujeres que desean defender a Jean Valjean del inhumano policía representado, ante ellas, por varias de las celadoras, tan alejadas de sus necesidades como Javert aparece en la obra. Blanca reconoce pasajes que evidencian el Romanticismo de

mejor morir bajo un zapato

59

la novela pero el resto de las internas los escuchan exaltándose. Era tan bueno que quiso salvar a la hormiga, comenta una de ellas. El policía era un desgraciado, añade otra. Sí, seguro es un maldito torturador, concluye una tercera. Blanca suspende la lectura, trata de explicarles la sicología del inspector, la época de la novela. A las reclusas no les interesa, sólo quieren saber las desventuras que le esperan al hombre con el que se han hermanado. La diferencia de género es irrelevante dadas las circunstancias de persecución que sienten como suyas y la posición maternal del protagonista ante Cosette. Por el revuelo momentáneo entre las oyentes, la lectora se cuestiona otra vez el desacierto al haber elegido la obra. Es sólo una novela, no un caso de la vida real, les asegura. Al llegar a la reseña del desagüe de la ciudad, el interés decae. Son mapas puestos en palabras que las internas no comprenden. Blanca sonríe al recordar su lectura anterior. Aquella vez se saltó ese pedazo; igual que a sus actuales compañeras, le pareció largo y aburrido. Por segunda ocasión omite el pasaje. A ella le habría gustado leerlo, empezaba a admirar la investigación, la descripción precisa y detallada para sustentar las acciones venideras que el resto de las mujeres aún desconoce.

Blanca ha tratado de ser discreta, sin embargo, sus lecturas han ido captando intereses. La joven agredida se acerca al círculo y una de las celadoras permanece parada tras ella mientras lee. Blanca levanta la vista de cuando en cuando para observar a las M.J. De momento no han dado muestras de inconformidad. Ella permanece alerta.

Una noche, su compañera de celda, aparentando desinterés, le pregunta: qué les lees que parecen babosas ahí pegadas. Le contesta hablándole de la novela de Víctor Hugo. Suena entretenido, pues, léemela a mí también, le responde la mujer. Blanca se atraganta antes de contestar. Otra vez el mismo libro, los dos tomos, no es un martirio pero tampoco un deseo,

piensa antes de responder. La verdad, no es tan bueno,

susana de murga

60

tengo otros aquí. Se los muestra, alargando la mano para que pueda tomarlos. La mujer los examina, ve las portadas. De qué tratan, pregunta. Ella le hace una reseña de algunos. Si quieres te los presto, ofrece Blanca. No, güera, soy bien bruta para leer, me tardo un chingo, mejor tú. Bueno, contesta con docilidad. Le voy a pedir una lámpara a mi cuata para que leas en la noche; a mí nadie me contó cuentos, güera, nomás no te vayas a sentir muy chingona. No, me gusta leer en las noches, concluye Blanca. No me queda de otra, aquí ni la lectura es voluntaria, bueno, ni siquiera es algo solitario, piensa con los ojos cerrados. Afuera tampoco fue una ventaja, mis libros le sirvieron para verme la cara de idiota. Desgraciado.

Un sonido oxidado pero no por ello menos perturbador despierta a las internas cada mañana. Minutos después, pasa una custodia golpeando los postes. Blanca se levanta, ya acostumbrada al espacio de su celda. Sabe que transcurrirá media hora antes de que se abran las puertas para iniciar el día. Tiempo suficiente para vestirse y para hacer la cama, si a la colchoneta se le puede dar ese nombre. Sigue soñando con la de su casa, con una en la que la sábana de cajón cumpla su oficio; en la cual la manta quede atrapada para cobijarla, para no escurrirse. Con dedicación estira las frazadas. Sus compañeras hacen lo mismo. Acomodan las almohadas, colocan los peluches que sus hijos les han regalado. Algunas se persignan frente a una imagen pegada en la pared: la Virgen de Guadalupe, el Sagrado Corazón o San Judas son las más comunes. Otras dan la bendición o un beso a una fotografía. Nadie amanece sin recordar el exterior. Cada una, a su manera, saluda al mundo: los hijos, los amores perdidos, los imposibles representados en algún póster; también a la corte celestial para que las recuerde. Es la cárcel de mujeres. Son mujeres las que habitan el lugar. Huele a ellas. A crema humectante de distintas marcas, a lociones mezcladas en el ambiente y en los cuerpos. El orden

mejor morir bajo un zapato

61

es diferente al mostrado por las películas. En ellas aparecen hombres encarcelados. Aquí sólo hay mujeres. La ropa se lava por necesidad propia, no como castigo, no por el mero cumplimiento de las fajinas. Los pisos, es cierto, los barren las de menor categoría, pero a todas les preocupa que cumplan su encomienda. Tampoco es para pensar que se parece a un salón de té. Aquí, contrario a lo que podría imaginarse, nada es uniforme empezando por la muestra multicolor de cobijas. Una silla de madera descolorida en una celda, en otra, una de plástico blanco. Alguna cajonera de salón de belleza o, en la mayoría de los casos, cajas de cartón para guardar las pertenencias

amarradas con cordones que proponen, más no aseguran respeto. Ocasionales tapetes al lado de los camastros. Las paredes tapizadas del mundo para ellas invisible: carteles de bandas gruperas, fotografías, dibujos. Televisores con antenas de conejo en diversas posiciones. Arreglos de flores artificiales sobre el murete que aísla el inodoro o recuerdos de sucesos como bautizos, bodas, quince años; multitud de festejos a los que no pudieron asistir. Bolos y artículos traídos por familiares. Un sinfín de cosas que pasan por la aduana y los retenes para proporcionar comodidad, distracción, poder, canje. La posesión es un derecho, pero no universal. Así se lo explicó la reclusa sin dientes a Blanca. Ceceando un poco por la dificultad para contener la lengua al hablar, le fue enumerando las reglas inéditas. Le aconsejó no volver a mencionar su almohada. No puedes tener lo primero que consigues, le dijo. Ella habría deseado rebelarse y no permitir que le quitaran sus cosas. Entendió. Clases de resignación ya le había dado la vida con su enfermedad. Es cuestión de aguantar, empezó a repetirse ese día cuando depositó la cabeza sobre su funda y pensó entregársela a Malena para que le devolviera el olor a suavizante de telas. Se prometió no llenar su encierro con el mundo que la excluía; nada de fotografías u objetos desordenados. Sólo el aroma como recuerdo, como un rastro de esperanza, como un mínimo deleite al cerrar los ojos.

susana de murga

62 La idea de pedir libros resultó provechosa. No sirven para el trueque pero le consiguen un nicho de mercado inexistente en el recinto. A cambio de sus lecturas, en lugar de productos, obtiene simpatías. Las agradece reiteradamente al pensar en la mujer maltratada; aún no se atreve a dirigirle la palabra; quisiera hacerlo pero sabe que es mejor contenerse hasta que las M.J. se hayan olvidado de ella. De momento siguen intimidándola con enfermo disfrute. La venda de su pecho ya desapareció. Lleva la camisa cerrada casi hasta el cuello. Blanca, sin ningún curso previo de psicología, empieza sus tertulias literarias leyendo más allá de las hojas impresas, interpreta los momentos y las situaciones con la mirada humilde, sin palabras busca el visto bueno para iniciar cada sesión.

Las novedades vienen de fuera, llegan con las nuevas internas, con los días de visita. Días de desencanto, de resignación para las olvidadas. Una gran parte de la población. La mujer sin dientes permanece en su celda; las visitas nunca son para ella. No pregunta, no se lamenta, ocupa sus manos en hacer flores de migajón. Blanca lo ha notado. Se acerca a ella con una cajetilla de cigarros, le ofrece. Gracias, dice la mujer. Deja a un lado los pétalos para tomar el preciado tabaco. Fuman sin hablar, inhalando el humo, hinchando los pulmones con un aire caliente que templá más que las vísceras, da calidez al momento,

satisfacción. Desahogo. Tú fumas, le pregunta a Blanca cuando las dos han terminado sus cigarrillos. No, sólo se me antojó al verte, son para ti, me los regaló mi amiga, le dice dándole la cajetilla roja y blanca. La mujer la envuelve en un calcetín, lo coloca entre sus pertenencias. Gracias, repite. Tú me ayudaste, a ti te respetan, le contesta Blanca. Una sonrisa desdentada y unos ojos enigmáticos son su respuesta. Saben con quien se meten, dice después. Se ponen de pie. Antes de salir, se cerciora de haber ocultado bien los cigarros, de proteger las partes, aún desarticuladas, de sus flores. Caminan al

mejor morir bajo un zapato

63

área de descanso. Ya ves que soy tranquila, comenta la mujer. Pero no tengo miedo, lo tuve todo cuando era escuincla. Éramos demasiados mocosos en la casa. Se les hizo fácil deshacerse de una en cuanto pasó el primer interesado por ahí. Yo era una niña, de veras no sabía nada. Sólo cuidaba al montón de hermanos. El fulano me salió borracho, mujeriego pero, lo peor, pegador. Aguanté. Años, muchos años con miedo a ese desgraciado. La mala sangre me fue llenando. A puros trancazos me curtió. Hasta que el maldito la agarró también con mis chamacos. Les puso una friega que me calentó las tripas. Lo pensé, porque ni creas que no lo pensé, salí por el machete, regresé y se lo clavé en la cabeza. Favor que le hice, ni sufrió. Sus parientes fueron los rajones. Los dientes me los tiró como a los trece. Ya ni me importa. A los chamacos no los volví a ver. Ingratos. Qué les habrán contado. La historia se la saben todas las M.J. y hasta se las hice más grande. Ya saben de lo que soy capaz y no tengo miedo, concluye. Blanca escucha el relato, una historia de tantas, muchas veces encontradas en sus libros, en el cine. La diferencia es que en esta ocasión la protagonista se encuentra frente a ella; le habla en primera persona, en forma coloquial y muestra los rastros de lo vivido. Mira a la mujer, con los labios hace un gesto de conmiseración. No dice nada, no sabe que decir. Y tú, güera, qué haces aquí. A mí me engañaron, no me di cuenta hasta hace muy poco, suena trillado pero soy inocente. La verdad, sin ofender, era de esperarse, tienes que ponerte viva. Blanca percibe un vacío en su cuerpo, le duele tocar el tema porque dentro del penal, en efecto, se siente desvalida. No le sucedía eso en el exterior. Si acaso, un poco después del divorcio, recuerda. No existe comparación; entonces todo eran pensamientos, ahora, el entorno los sobrepasa, las tristezas son menos apremiantes que la incertidumbre y el miedo. ¿Parezco tan estúpida?, pregunta a la mujer sin dientes. Blanca no obtiene respuesta porque se ven obligadas a dejar la plática por la distorsión proveniente del radio de una celadora. Las dos muestran desagrado en el rostro. El sonido agudo hace taparse los oídos a

varias reclusas. La guardia mueve la sintonía del aparato; el ruido desaparece. El silencio dura sólo unos segundos, después regresa a la habitual repetición de claves. La comunicación entre las custodios es música de fondo en el encierro, nunca cesa: códigos, mensajes o chistes en frecuencia abierta. Igual a la del taxista en contacto con su base y sus compañeros; al contestar el conductor, el pasajero se cuestiona si se dirigen a él. La diferencia es la duración del recorrido; en el vehículo el aturdimiento de las voces termina con el trayecto, en la cárcel se hace parte de la condena. O del proceso, como en el caso de Blanca y de muchas otras que aún no han sido juzgadas. Antes de ser culpable, se es presuntamente. Eso es suficiente para cohabitar con todos los delitos, los pasados y los futuros. Homicidios, robos, plagio o narcotráfico comparten y, peor, se disputan el espacio.

Dos de las M.J. regresan de la cafetería de visitas, en sus rostros se adivina satisfacción. Caminan ajenas al resto de las reclusas que las ven pasar con un brillo ambicioso en los ojos. Se reúnen con el resto de su clan en los talleres y con movimientos rápidos se reparten unas bolsas. Los días de visita terminan en mercado. Compra y venta. Los productos son variados: cigarrillos en cajetilla o sueltos, tarjetas de teléfono o teléfonos, toallas sanitarias de buena calidad, cilindros artesanales de marihuana, polvos blancos ya dosificados o chochos, los más cotizados. Esas pastillas aceleradoras del tiempo o tumescentes para la conciencia que se sume en el sopor de un sueño vicioso. Uno que desea terminar junto con la reclusión. Blanca sabe de los intercambios. Poco se ocultan. No conoce la variedad de las mercancías, tal vez porque no las identifica. Procura no acercarse a las negociaciones, no quiere ser testigo, menos cliente cautiva. Las celadoras, acompañadas de las voces de sus radios, asisten sin recato al lucro de las Meras Jefas, hacen chistes sobre los abusos o concesiones. Renuncian a

mejor morir bajo un zapato

65

sus vacaciones para no perder las comisiones que el mercado negro les ofrece; el sobresueldo que dignifica la paga formal. La mujer de la escasa dentadura y Blanca siguen su conversación. La primera es ajena al intercambio, sus necesidades son reducidas, sus recursos también. La segunda cuenta con su padre y con Malena para lo indispensable, a lo superfluo aún no tiene derecho; ya se lo hicieron saber con la almohada, con las sandalias de baño, con el cobertor nuevo. Los días de lluvia se han ido distanciando, los relámpagos ya no mantienen a Blanca despierta durante la noche, ahora es el frío en sus pies el que no le permite conciliar el sueño. Las paredes de la prisión guardan la humedad y congelan las celdas. Igual que en el colegio, recuerda, acostada sobre la colchoneta

con las piernas encogidas bajo una manta de cuadros, abundante en colores pero escasa en cualidades térmicas. Las mañanas en la escuela eran una pesadilla. Las calcetas eran de nylon, el uniforme de lo mismo. Sentía las rodillas helarse y las doblaba para sentarse sobre ellas, sólo el tiempo que tardaba el profesor en darse cuenta. Siéntese bien, señorita, la reprimía. Siempre ha sido friolenta, por eso le pidió a Malena una manta. Le duró lo mismo que la almohada. Me vas a disculpar, güerita, tu cobija se ve bien buena, se me hace que la cambiamos por varios favorcitos pero, como no soy mala gente, aquí te dejo ésta. Sintiendo sus huesos congelarse, se pregunta si valdrá la pena pedir otra a su amiga. No es que se haya resignado, es que sabe que no le dejan alternativa. Mi ropa interior de invierno, piensa feliz al encontrar una posible solución al frío que la mantiene despierta. Su único movimiento es el temblor del cuerpo. Desearía sumirse en alguna lectura. No quiere sacar las manos, las mantiene entre los muslos. Además, las luces hace tiempo que se apagaron. No se atreve a encender la lámpara de pilas bajo la que lee a su compañera por temor a despertarla, a ella, y al celo de propiedad carcelario. A su

susana de murga

66

mente acuden las pastillas blancas. Si tomara una, se olvidaría de la temperatura, del insomnio, de sus pensamientos reiterados sobre el engaño, sobre la desaparición de Manuel. Dejaría de dolerle el frío, también el segundo abandono y, peor, el saberse un objeto igual de utilitario que el cobertor que echa de menos. Me usó, se dice. No puede comprar las pastillas ni cambiarlas. Malena, piensa. Malena me las puede conseguir. Qué son. Cómo se llaman. No importa. Ella debe saber, no en balde trabaja en el hospital. Sí, la ropa interior y algo para dormir, piensa anhelante. Ya cuando estuvo enferma tomó algún somnífero. A esas horas de la noche cualquier cosa que aturda la percepción del tiempo y del espacio le parece una bendición. La sola posibilidad es ya un tranquilizante; es un ilusorio corte a la amenaza de lo interminable.

Al día siguiente, en la lavandería, Blanca pregunta a la reclusa sin dientes sobre los comprimidos blancos. Los ovaladitos que venden las M.J., le dice. No te metas en esas pendejadas. Sólo es curiosidad, quería saber que toman. Chochos. Qué. Así los conoce todo el mundo. Pero, qué es, ¿droga? Pastillas para dormir, ya te advertí que no te metas. No, no. Afuera esas porquerías se venden con receta, aquí nada más necesitas pagar con dinero, cosas o tu cuerpo a cambio de ser una gata sonámbula. Blanca no insiste más. Los ojos de la mujer se lo advierten. Para no lastimarse las manos cubren con unos trapos las asas desgastadas de una tina de aluminio; entre las dos la levantan simultáneamente para verter el agua en la que

se remojan las sábanas. Las ropas de ambas están empapadas; las tinajas son grandes, al moverlas el agua brinca y las salpica. Las dos mujeres se desplazan con esfuerzo, con pasos cuidados para no resbalar sobre los charcos. Trabajan en silencio.

Tras la reciente conversación, la interna desdentada le dirige miradas recelosas, no deja ver los espacios en su boca, la mantiene inmóvil. Blanca le ofrece sonrisas conciliadoras, no

mejor morir bajo un zapato

67

desea perder su compañía. La tensión se percibe en su cuello, los músculos se notan por el esfuerzo de cargar los baldes y por la angustia de perder la cercanía de esa mujer. En tanto transportan las sábanas, se percata de la relación que ha entablado. No conoce los sentimientos de su bienhechora pero para ella es, si no una madre, sí la compañera protectora de la primaria, esa en la que se encuentra cobijo y a la cual se le pueden confiar los temores. Una que no juzga, con expectativas más terrenales que las de la propia madre. Tal vez, por eso el desconcierto de Blanca. No esperaba una reprimenda. Decide arreglar las cosas en ese momento. No va a arriesgarse. Yo sólo te pregunté, no quiero que te enojés, no me voy a meter en problemas, no otra vez, le dice a la mujer. Ojalá, güera, porque las cosas pueden ponerse peor, ni te imaginas cuánto, tus ojos verdes, tus pelos güeros, tus libritos, tu dinero, nada te va a salvar, le contesta con rigor. Blanca la escucha. Confía en ella, sin embargo, no deja de pensar que exagera. Por qué se molesta tanto, se cuestiona. Lo hace del mismo modo en que la adolescente juzga desproporcionadas las recomendaciones de sus padres; sí, las oye, pero las archiva como consejos de tiempos remotos, como sugerencias de quien está incapacitado para entender. Al sentirse regañada se coloca en la posición de incomprendida, no tanto como para hacerlo notar; sigue con comentarios conciliadores. Le voy a pedir más cigarros a Malena, ¿quieres? Mira, güera, a mí me caes bien, pero yo ya vi de todo, si te quieres fregar, ni te voy a ayudar, ni te voy a salvar. La advertencia le provoca incomodidad. Tal vez sea mejor dejarlo para más tarde, piensa. Sacan las sábanas de las tinas, cada una toma dos de los extremos, se alejan hasta tensar la tela, la giran en sentido contrario formando un rollo, el agua escurre en chorros que se van reduciendo hasta convertirse en gotas. Hacen lo mismo con el resto de los lienzos, los regresan a las cubetas. La mujer vuelve a forrar las agarraderas, Blanca barre el agua del piso hacia la coladera. Las dos se dirigen al tendedero con la ropa limpia; deben caminar a un

susana de murga

68

mismo ritmo, con pasos pequeños, detenidos por el trabajo alojado en la tinaja. Avanzan en un silencio receloso. Cuelgan las telas en unas cuerdas vencidas, las puntas rozan el piso. El

resto de la labor le corresponde al tiempo, a factores como la temperatura y la humedad que no parecen inclinados a ayudar; si acaso sólo para añadir un olor a rancio. Las máquinas lavadoras, dispuestas para eficientar la limpieza, hace tiempo que son un monumento a lo inalcanzable. Blanca ignora desde cuando se averiaron, ella nunca las ha visto funcionar. Piensa en preguntarle a su amiga, decide no romper el silencio. En realidad no importa si alguna vez fueron útiles, el caso es que ahora son un insulto, recordatorio de mejores vidas hasta en las inevitables labores domésticas. Es imposible saber si a quien se le ocurrió adquirirlas pensó en el mantenimiento y la reposición; habrán sido obra de algún director con la necesidad de mostrar progreso, o bien, producto de la beneficencia momentánea, olvidadiza. Quién se molestaría en ahorrar trabajo a las presas, a quién le interesaría reducir los tiempos cuando lo tienen en abundancia. Al mirarse las manos agrietadas y las uñas cuarteadas, Blanca rememora sus aparatos electrodomésticos, esos cubos que devuelven las prendas limpias y secas, esas entrañas cableadas dispuestas a batirse por la independencia femenina, al menos por la suya para acudir puntual a sus clases en la universidad y a sus asesorías privadas. Para cuál libertad existieron esas lavadoras en la cárcel, se pregunta. Para poder tener las uñas largas ante visitas esporádicas, para tomar el sol en el patio, se contesta sin dejar de verse la piel reseca. El desencuentro con su protectora la ha desanimado. Se siente cansada, se acumulan en ella las horas en vela, las pasadas en la lavandería, el regaño, el recuerdo de las incontables comodidades perdidas. La lista es larga, a cabalidad sólo la puede hacer quien se encuentre en su situación, quien en verdad pueda comparar y dar valor a los más ínfimos detalles que, en el día a día, pasan desapercibidos. Cuestiones tan poco trascendentes como un algodón empapado en acetona para iniciar una manicura, como la que Blanca extraña en estos momentos. Después de la comida no piensa leer, quiere estar sola, gritar. Sí, gritar la injusticia que vive. Sabe que no lo hará. Quiere hacer que el tiempo retroceda para recuperar su vida. Por qué, se pregunta. La interrogación es para ella pero también para Manuel. Por qué me hiciste esto. Cuánto tiempo se tardó en tramarlo todo. Cómo me eligió. Como puede hacerlo cualquiera aquí adentro. Quiere sus pensamientos para ella, no para posarlos en las demás. No quiere tener miedo. Yo no tengo miedo, le dijo la reclusa sin dientes. Ni esperanzas, ni vida, ni nada, se dice con desesperación. La comida es como la de todos los días; esta tarde, caldo transparente, rojizo por los chiles desmembrados, los trozos de pollo parecen de gallo de pelea, las tortillas, frías. A Blanca le saben rancias, el agua la encuentra más turbia. No hay una servilleta para limpiarse los labios, las cucharas son de obra

en construcción. Come poco. Estuvo en la lavandería, no le toca ocuparse de los platos. Gracias a Dios, suspira. Eso sí le molesta, lidiar con las torres de platos sucios, con los botes de basura. No habría lavavajillas que se diera abasto, reconoce. Y de separar la basura ni se hable, piensa con un gesto de desagrado. Sería aún peor, se consuela. De camino a su celda, la detienen unas reclusas. Nos vemos al rato, le dicen. Hoy no puedo leer, me duele la garganta y me siento mal, miente. Aunque sea unas hojas, le piden. Se frota el cuello con la mano, se rasca la cabeza, las mira. Bueno, voy por el libro. Accede, pues aunque su mente está agotada, desea guardar el sueño para las horas oscuras, para esos momentos en los que nada la hace escapar de la negrura de la noche, del vacío doloroso que el engaño instala en sus entrañas. Momentos en los cuales su mente ha empezado a buscar soluciones tan contundentes, tan blancas como los somníferos. Entretenerse ahora le parece la mejor posibilidad para alejar la frustración inmediata y el insomnio posterior.

susana de murga

70

De una caja de cartón armable, decorada con flores, Blanca saca el segundo tomo de Los Miserables; la borla del separador sale de la mitad del volumen. No falta mucho para el final. Ha pasado el tiempo, piensa. Los días en el calendario son, sin duda, la medida más exacta, pero la lectura de ese libro es también un recordatorio; cuántas horas devoraron las frases contenidas en él. La novela no sólo la obliga a reconocer la duración del encierro, también la hace consciente de su edad. Era estudiante la primera vez que la leyó, ahora es una mujer adulta. Ya pasa de cuarenta. En plenitud, dirían muchos; ella sabe que tras los muros de un penal no existe tal cosa. No importa la fecha de nacimiento; las arrugas y las manos gastadas pasan desapercibidas, son una generalidad. Nadie parece joven. Quizás alguna, al llegar. Poco tiempo después las sombras del lugar se instalan en los ojos de las mujeres, los cubren con un velo intemporal que las uniforma. Es la mirada de la reclusa, siempre desconfiada. Busca otro libro dentro de la caja floreada. Cuál será bueno, se cuestiona. Se sienta en el camastro. La decisión no es sencilla. Observa los títulos y piensa en la aceptación de sus escuchas. *Crimen y Castigo*, lo descarta, no desea más tormentos; se percata de que su situación ha inspirado grandes obras. Hasta ahora los clásicos que ha leído ahí hablan de prisiones. Con la vida de cualquiera de las mujeres de este penal se podría escribir una novela, con la mía, reconoce. Tan cierto como que son las pasiones las detonadoras de crímenes, siempre los mismos desde el principio de los tiempos: asesinatos, robos o delitos sexuales. Diferentes armas, incontables estrategias, razones

diversas, sicologías impenetrables o patologías son sólo instrumentos y motivos para la apropiación de bienes, cuerpos y vidas. *Crónica de una muerte anunciada*. Cuántas veces los indicios pasan desapercibidos, se pregunta al evocar la trama de la novela. No puede evitar asociarla a su vida y pensar que, en su caso, fueron muchas veces, más de las que deberían. La pone a un lado, es una opción. Descarta algunos best seller,

mejor morir bajo un zapato

71

no se siente capaz de leerlos en voz alta sin transmitir fastidio. Observa el sello impreso al pie de una portada: ganador del Premio Nobel 2006. Voltea el libro, la reseña de la parte posterior le parece interesante. Tal vez complicado, piensa. Busca otra opción. Una novela de J.M. Coetzee la transporta al día en que conoció a Manuel. Maldito desgraciado, dice en voz alta al hacer un recorrido por los signos de alerta que debió percibir, detalles que ha recapitulado durante noches enteras, tantas que a veces le parece que ha vivido la misma historia más de una vez. Sus emociones vuelven a ser una ciénaga. Es imposible encontrar algo en el fango. Malena no lo ha localizado. No lo va a hacer porque desapareció, se largó y me dejó aquí, en su lugar. Maldito, mil veces maldito. Decide no buscar más. Será alguno de esos dos. Sale de la celda dispuesta a terminar con la novela de Víctor Hugo.

Las internas ya la esperaban, en cuanto la ven aproximarse se sientan en el piso a su alrededor; parecen esculturas casi idénticas, mantienen las piernas dobladas, las rodean con sus brazos, varias meten las manos en las mangas del suéter, de vez en vez se las frotan, las calientan con el vaho de sus bocas. El invierno carcelario les entume el cuerpo pero en esos momentos lo sienten arropadas por el entretenimiento, por la lectura de una historia que le resta dureza.

Esperar es siempre una afrenta para los nervios, atender el avance de las manecillas del reloj resulta agotador y aguardar un milagro es aferrarse a lo insostenible. Blanca, como tantas otras noches, espera la llegada del sueño o del siguiente día, lo que suceda primero. Observa pasar los segundos como frente al reloj del horno de microondas, uno a uno. Al mismo tiempo siente que se encuentra dentro del aparato, que, en su espera, se consume y se seca sin la esperanza de que alguien la saque de ahí. Los movimientos de una de sus compañeras la distraen de sus atormentados pensamientos. La mira sacar un artefacto con punta, oxidado. Con los ojos entrecerrados, atenta a no ser descubierta, intenta fijar la vista. Parece un cuchillo, es extraño. Trata de reconocerlo. Alcanza a identificar el objeto, pues la mujer mantiene encendida la lámpara de pilas, el resto de la celda permanece a oscuras. Después de guardar el utensilio, la interna se acuesta y apaga la luz. Las horas vuelven a

ser para Blanca segundos que se suceden. Lentos como antes. Más, mucho más amenazadores. Para qué va a usar el cuchillo, se pregunta sin atreverse a cerrar los ojos.

Por la mañana, a la espera de la apertura de las puertas, la M.J. se coloca al lado de Blanca y le habla en susurros, tan cerca que siente el aliento de la mujer en su cuello. Ayer no viste nada raro güerita, para que estés bien segura, te voy a contar que es un recuerdo de la herrería oxidada de este lugar, siempre a mano, ya ves que se nos da lo de ser inventoras. Se lo presté a mis amigas, se lo enseñaron a la chamaca presumida. ¿Entiendes? Blanca asiente. Los barrotes se deslizan. Salen sin decir más.

El paso de la noche ha producido ideas contrarias en la mente de Blanca; por un lado, la imagen del artesanal cuchillo la acerca a la posición de la mujer sin dientes con respecto a los somníferos; por otro, la hace desear la evasión aún más. No estar, sólo no estar, ansia apretando los puños. Desde luego era consciente de los peligros pero el arma en su celda, tan próxima, le produce escalofríos. Acostada en su camastro, en más de una ocasión se vio con el pecho herido como el de la nueva reclusa. Siempre buscaba alejar esas imágenes diciéndose que nada había cambiado, que su relación con las M. J. era la de siempre, que ella continuaba con sus lecturas. Tú nunca ves venir las cosas, ni aunque sean tan tangibles como el puñal, se dice prometiéndose estar alerta e iniciando un rezo: su única posibilidad inmediata.

mejor morir bajo un zapato

73

El día, igual que todos, transcurre independiente a los estados de ánimo individuales. Juntos pasan convirtiéndose en meses tan sobrepoblados de desidia como la prisión. Las celdas siguen cediendo. Son los mismos metros para más cuerpos. En realidad, pocas lo notan. Ha sido así desde el principio para la mayoría. Una mayoría entrada en años propios y de encierro. Cuarenta a cincuenta y cinco es la edad promedio de las mujeres que rodean a Blanca en cada lectura. Es también la de su compañera desdentada, la de varias de las M.J. Madres los son todas, las excepciones son ella, la reclusa maltratada y alguna que otra. Madres sin hijos. Lo observa Blanca en la cafetería, siempre hay espacio; vacíos en las sillas y en las miradas de las reclusas a quienes no se les anuncia ninguna visita. El caso de su amiga sin dientes repetido a centenares. Blanca toma la mano de Malena. Gracias, le dice. Gracias por venir a verme, repite. Sus palabras son producto del temor al olvido, tan generalizado en el penal, y al inevitable hartazgo que viene con el paso del tiempo. ¿No te vas a cansar de visitarme?, le pregunta suplicante. Qué te pasa. Nada, sólo veo lo solas que se quedan las mujeres aquí. Tú no vas a estar mucho tiempo. Si lo

estuviera, ¿vendrías? Sí, le asegura Malena. ¿Ninguna noticia de Manuel? No, ya lo sabes, es caso perdido, responde la amiga. Aquí me lo dijeron desde el principio, yo no podía creerlo. Es normal, no estamos acostumbradas a que la gente desaparezca así. Además era una esperanza, ya las perdí todas; oye, puedes conseguirme alguna pastilla para dormir, estoy desesperada, dice cambiando el tema. La amiga la mira a los ojos. Está cayendo en una depresión, se dice. Puedo traer a un compañero doctor para que platiques con él, le contesta. ¿Para qué? No te puedo recetar cualquier cosa, ya tomas tus otras medicinas. Pero no puedo dormir, hace frío. Te traigo otra manta. No, tú no sabes lo que es estar aquí, me la quitaron, mejor mi ropa interior térmica, pero también algo para dormir, por favor. Se miran en silencio por un momento. Déjame ver qué puedo hacer, responde la amiga sintiendo compasión. El fin de la visita

susana de murga

74

empieza a ser un martirio para Blanca; es el temor de esperar demasiado un próximo encuentro, es volver al aislamiento, a la sensación de no pertenencia que se convierte en estigma frente a las demás reclusas. Es pasar la vida intentando ser invisible. Se despide de Malena de prisa, no se siente con la fortaleza para alargar el adiós. Va directamente a buscar a la mujer desdentada. No desea estar sola, no quiere ocultarse. Sus amigas son Malena y esa reclusa. Cada una en su mundo. En el exterior las amistades son espontáneas, relaciones fincadas sin prisa. Dentro, las mínimas coincidencias atan sin elección. Sutilezas como la empatía o la química emocional están excluidas. Los lazos giran en torno al poder y la sobrevivencia. La proximidad entre Blanca y su protectora es un refugio para la primera, una amenidad para la segunda. Fuera de los muros que cercan su espacio no se habrían conocido; aun si lo hubiesen hecho, no existiría amistad entre ellas. Son dos refracciones de un mismo espejo. Realidades contrastantes de este país que, sin memoria, se encuentran a diario. Ahora conversan. La afrenta de los días pasados parece olvidada, fuman un cigarro recargando la espalda en la pared. Los temas son tan cambiantes como en cualquier otro lugar. Lo mejor es cocer los frijoles con una ramita de epazote, asegura la mujer. No me gusta, es muy fuerte pero crudo, en las quesadillas, sí sabe rico, dice Blanca. Dicen que es bueno para la digestión. Se lo voy a preguntar a Malena que es doctora. No estoy segura, pero creo que una de mis hijas se hizo enfermera. A mí no me gusta la medicina. Pues a mí, aunque me hubiera gustado, si ni a secundaria llegué, dice la mujer sin dientes y le da una última calada al cigarrillo casi extinto. No siempre se puede escoger, comenta y sonrío mostrando las encías.

La siguiente mañana se presentó desconcertante. La alarma

que precede la apertura de las celdas no llegó. Las reclusas permanecieron en sus dormitorios buscando con la mirada

mejor morir bajo un zapato

75

una causa: apareció con las custodios tras ella y con su gato entre los brazos. La directora del penal recorría los pasillos acariciando el lomo negro de su felino. Las puertas finalmente se abrieron. Era una redada, una rutina sacada del olvido. Las guardias revisan las colchonetas, vacían las pertenencias de las internas sobre el piso. Lo que buscan estaría de más decirlo; dónde encontrarlo, lo saben de antemano. La requisita atenderá en primer término al sistema de dádivas. Actúan con cautela para aparentar recolectar lo suficiente sin atentar contra los intereses comunes. Blanca permanece pegada a la pared. Sus libros se encuentran tirados junto con su ropa interior, su cepillo del pelo y el de dientes, la pasta nueva que recientemente le llevó su padre, una fotografía de él, otra de ella con Malena. Bendice en silencio la negativa de su amiga para darle los somníferos. Estarían entre sus pertenencias y ella se sentiría aún más aterrada de lo que se encuentra. Sus cosas se mezclan con las de sus compañeras de celda. Las pastillas blancas que trafican las M.J. o los polvos en bolsita no aparecen. De adentro de un zapato sacan el artefacto puntiagudo que ella vio una noche. Con esto sí te pasas, cabrona, le dice una de las uniformadas a la reclusa; ésta no baja la cabeza como Blanca, mantiene la mirada retadora hasta que se alejan las guardias. Recoger el desorden no les lleva demasiado tiempo. Cada una rescata sus tesoros, reorganiza su alterado e ínfimo espacio. Para Blanca el resto del día se tiñó del color del gato. El ambiente fue tenso, la molestia de las internas era evidente. Varias habían perdido posesiones, posibilidades de trueque o momentos de amnesia. Sin duda el hostigamiento de las M.J. sería mayor. A esas alturas no necesitaba que nadie se lo dijera. Las conversaciones eran escasas, las fajinas se llevaron a cabo con movimientos bruscos. La de la escoba no silbó ninguna melodía. El choque de los platos lavándose fue más estrepitoso. Las miradas, inquisidoras unas, huidizas otras. Hacia el medio día, cuando recibe la visita de su padre, Blanca se siente ya

susana de murga

76

cansada, pues sus hombros absorbieron la tensión del ambiente y, a pesar de que ella y su padre no han sido particularmente cercanos, en ese momento, al sentarse a su lado, desearía que le rodeara los hombros adoloridos, que la abrazara, quisiera sumir la nariz en su pecho, inhalar el aroma de su loción hasta llenarse de ella para olvidar la humedad. Necesita sentirse protegida por él en ese instante. La saluda con un beso en la mejilla pero no busca sus ojos. El abogado va a venir otra vez, dice que no pintan bien las cosas. Estás segura que no tienes

nada que ver. No, ya te lo dije mil veces. Pues no lo parece, le recrimina el padre. Si antes se sentía cansada, ahora cree estar al límite de sus posibilidades. Cuánto tiempo más, se atreve a preguntar. No lo sé, todo es lento, todo cuesta, responde el padre. Blanca lo mira. Su desconuelo es absoluto y se asoma por sus ojos turbios sin ninguna otra demostración. No tiene fuerzas para llorar, menos aún para pensar. En un instante se rinde al frío de la prisión, a ése que congeló su vida. Decide invernarse, reducir sus funciones al mínimo y permitir que los sentidos se aletarguen. Oye la voz de su padre, responde sin interés. Se despide. Le da lo mismo si se trata de un hasta pronto o hasta nunca. Es sólo adiós. Adiós al mundo.

El día sigue la inercia de la mañana. Algunas internas culpan al gato de sus infortunios. Si son de mala suerte, a quién se le ocurre traerlo, comentan entre ellas. La lectura de Blanca es suspendida por las M.J. Pinche güera, si no te chingarón tus libros, por lo menos, por solidaridad, deberías guardarlos, le dice una. Mejor nosotros se los cuidamos, agrega otra. Sí, hasta que nos consigas unos cigarrillos o algo más interesante para recuperar los inventarios, comenta una tercera. Qué les quitaron, quisiera preguntar Blanca. Al menos en su celda sólo apareció el puñal. Busca con la mirada a su amiga sin dientes. No la encuentra. Alarga el brazo con el segundo tomo de *Los Miserables* en la mano. Lo entrega. En su estado de ánimo no hay interés por defenderse, en realidad, tampoco por leer. Le es igual. Ya conoce el final. El del libro. El de su vida lo intuye.

mejor morir bajo un zapato

77

Nada en ella se rebela. El abandono es el mismo que el día de su aprehensión. Es difícil saber si es debilidad o sí, ante lo irremediable, su apatía resulta una defensa. Una mujer le arrebató el volumen. El grupo de las M.J. se marcha haciendo burlas en voz alta, se aseguran de ser oídas. El primer refugio que acude a la mente de Blanca es su colchoneta, quiere acurrucarse en ella. No se atreve a ir a su celda, desea evitar otro encuentro desagradable. Se recarga en el muro, levanta la cabeza, sus ojos se tropiezan con el gris mal iluminado del corredor. Si se encontrara en su casa, se dejaría caer sobre la cama, permanecería abrazada a su almohada para no beber sus propias lágrimas y al levantar la cabeza, en un intento de dar tregua al llanto, su mirada encontraría el cielo a través de la ventana. Por el momento no hay consuelo. Sus ojos deben permanecer secos, fijos en las paredes plomizas que la rodean. Descubre a su lado una diminuta araña e intenta localizar su tejido mortífero. De qué te alimentas aquí, le pregunta al recordar las telarañas de su habitación. Siente el impulso de tomar al animal y llevarlo a su celda. Para qué. Se quita un mocasín y aplasta al arácnido. Aquí no vale la pena vivir, es mejor morir bajo un

zapato. Respira hondo, mantiene la vista alta para controlar la angustia que intenta salir, líquida. La batalla en la que lucha ahora no le es desconocida. Cuántas veces intentó detener las lágrimas por vergüenza, ahora lo hace por miedo. Las posiciones en prisión tienen precio y los sentimientos las encarecen.

Fuera del encierro podría reconfortarse bajo el calor de las gotas que fluyen generosas en la intimidad de su baño. Eso sí es un lujo inaccesible para las reclusas. El agua se provee por horas, de las regaderas brota un hilo de agua cenagosa y helada como las tuberías oxidadas que la conducen. Un escalofrío recorre el cuerpo de Blanca al recordar el baño. El hecho de desprenderse de la ropa es estresante. El aislamiento es sólo del mundo exterior, adentro no existe la privacidad. A la hora del baño, ella mira en todas direcciones para ubicar al resto de las reclusas en el área de regaderas. No se atreve a desves^{susana}

de murga

78 tirse si hay varias M. J., o si no se encuentra alguna de las que identifica como cercanas. Aún después de meses, sigue padeciendo su desnudez. Nunca fue de las mujeres que circulan desvestidas entre los casilleros del club. Enjabonar el cuerpo con el escaso fluido le pone la piel de gallina, le endurece los pezones. Lavarse el pelo es una tarea ardua, enjuagarlo le lleva más tiempo del deseado e invariablemente termina con una opresión en el cerebro que parece colarse por los oídos que, punzantes, también reclaman el mal trato.

Sus pensamientos y anhelos del exterior no favorecen su deteriorado estado de ánimo. Se quita la liga que le ata el pelo, con las manos lo desenreda, lo mira, lo lleva hasta la nariz, lo huele. No encuentra nada en él. Se aprieta la cabeza, la mueve entre las manos crispadas. Unas tijeras. Si tuviera unas se lo cortaría ella misma. Para qué lo quiere. Cuántas cosas dejan de tener sentido en este lugar. La vanidad parece absurda en un sitio monogénico y saturado de rivalidades peligrosas; en un espacio en el que los espejos pueden ser armas mortales contra los reflejos provocativos. Maldita sea. Maldito seas, Manuel, dice con los puños apretados. Baja los brazos, con el derecho golpea la pared, respira, llena los pulmones de aire como si pudiera cubrir todas sus pérdidas. Camina a su celda, a su colchoneta. Maldita sea, es mi cama, se dice al dar los primeros pasos. Para su fortuna su compañera no se encuentra. A alguien estará fastidiando, piensa. Se deja caer sobre el camastro, suspira pero no se abandona, no cierra los ojos, los mantiene abiertos, fijos en la pared. Se dispone a salir de ahí. Ha decidido usar el único vehículo a su mano. La imaginación. Como al inicio de cualquier día, lo primero es prepararse un café caliente con un pan con mermelada. El recuerdo del sabor dulce le produce salivación. De la memoria saca el orden exacto de su clóset; se vislumbra alistándose para salir. Camina

bajo el sol hacia la terraza del café que se encuentra cerca de su casa. Comparte un pastel de chocolate con Malena, ambas dan sorbos a un capuchino humeante. Las imágenes pierden

mejor morir bajo un zapato

79

fuerza. Se concentra en la conversación, en las palabras que usarían. El diálogo es uno varias veces soñado y, más aún, después de conocer las complicaciones que la maternidad puede sumar a su enfermedad. Sin embargo, ya de niña alguna vez se visualizó dando la noticia: estoy embarazada. Se imagina sonriente. Sí, mi marido está encantado. Un esposo al que no intenta ponerle rostro, una figura protectora que por las noches la abraza, una referencia común, un estándar de felicidad que su mente le regala hasta la llegada de su compañera de celda. Blanca no forma parte de los promedios de la prisión, su apariencia es la de la una minoría, su educación también. Lo mismo le sucedía afuera. Finalmente la cárcel es un microcosmos del universo poblacional del país. El grueso de las internas son madres. Ella no. Más del ochenta por ciento de las mujeres se encuentra ahí por subordinar su género al de los hombres, esposos, amantes o hijos. En ese renglón, Blanca sí es parte de la estadística. Ella misma se pregunta cómo pudo ser tan tonta. En dónde dejó todos sus privilegios para terminar compartiendo celda con una M.J. Se cuestiona si era tanta su necesidad de afecto como para no ver los indicios, para dejarse engañar. Por qué a mí, se interroga una vez más. No lo hace como una expresión de inconformidad dirigida a Dios. Sabe que la desgracia no cayó del cielo y eso la hace sentir peor, la lleva a poner en duda todas sus capacidades. No soy una estúpida. No sueño con cuentos de hadas. Sólo pretendía una vida como la de muchas personas. Menos mal que no tengo niños. Sólo me los imagino, piensa al recordar sus fantasías. Agradece no tener que angustiarse por eso. Las miserias para mí sola son suficientes, asevera al recordar a los pequeños, esos pocos niños que viven con sus madres dentro de la prisión. La primera vez que Blanca vio a uno de ellos pensó que estaba desvariando, como reconocer a un difunto en el rostro de una persona al pasar. Los niños son los hijos del penal, de sus pa^{susana}
de murga 80 redes húmedas, de sus horarios, de sus raciones insuficientes, de sus reglamentos escritos y tácitos. Infantes a los cuales la ley les permite permanecer con sus madres hasta los seis años. Sus condenas son el penal durante los primeros años de vida y la orfandad para los siguientes. El terror de la separación ya se lo contaron a Blanca cuando le hablaron de esos pequeños. La mayor parte del tiempo se encuentran en sus celdas. Por supuesto comparten el camastro con la interna. Se acostumbran a dormir con los cuerpos abrazados, a pintar con tizas en el piso, a ayudar con sus manitas a sus madres en las fajinas,

a vivir en ese mundo de mujeres. Son pocos, le explicaron a Blanca, porque muchos se quedan con algún pariente y otras no consiguen la autorización para tenerlos aquí. La verdad es que estos nacieron adentro, le comentaron. Pobres niños, pobres mamás, por lo menos las Meras Jefas no se meten con ellos, se dice al mirar a su compañera tendida en su litera con los brazos bajo la cabeza. Quizás por el privilegio de ser hombres, piensa con sarcasmo, al darse cuenta de que la mayoría de los pequeños son varones.

El tiempo para Blanca ha dejado de ser el que dictan las manecillas del reloj. El día y la noche se anuncian con la intensidad de la luz. Cuántas horas pasan entre uno y otra. No importa. Toda actividad va acompañada de su llamada, de la alarma o el silbato recordatorio. El tiempo corre más lento, como si los granos de arena fueran demasiado gruesos, nada lo sacude. El aletargamiento es la única posibilidad. Contar los días es asesinar despacio la razón. Contar los que faltan, sin haber sido juzgada, es ya una pérdida de lucidez. La noción del tiempo es producto del contacto con el mundo, de la necesidad de vivir en él. La cárcel podría ser una isla en medio del Pacífico; lástima que no esté desierta. En el encierro el día a día es sobrevivencia sin horario. Las temidas bestias no son otro eslabón de la cadena alimenticia, son congéneres, connacionales, pero

mejor morir bajo un zapato

81

también atentan contra la integridad. La constante percepción de peligro la invita a sumergirse en la ciénaga de su apatía. Amanece sin saber en cuál día de la semana lo hace, lunes o viernes son vocablos sin significado. Sólo existen las visitas, los encuentros en el tribunal o con el abogado. Da lo mismo el día en que ocurren. No hay actividad por coordinar. La rutina es categórica y sus quebrantos suelen ser malas noticias: ajustes de cuentas, requisas, cobro de derechos recién inventados o la pérdida de otros ya adquiridos. No hay espacios que llenar en la agenda. Todo está preestablecido, nada es a voluntad, ni siquiera el deseo de auto abandono porque la isla se encuentra sobrepoblada y los reglamentos son absolutistas.

Las lecturas no se han reanudado. Blanca ya pidió a su amiga Malena todos los tipos de ayuda que se le ocurrieron. Recetas de *Rohypnol*, ése es el nombre de las cotizadas pastillas blancas. Al menos alguna caja del medicamento y cartones de cigarros para cambiarlos por sus libros. Lo hace más por las internas que por ella misma. Casi todos los días le preguntan. Le han pedido que les cuente el final, que saque las historias de su memoria. Ella no quiere hacerlo, hace mucho tiempo que lo leyó, no recuerda los detalles, le es más fácil leer. Las invenciones se las reserva para ella misma, para acariciarlas en su ciénaga particular, para verse en otros sitios, con diferentes

personas, para evocar imágenes alegres aun cuando por contraste endurecen el entorno.

En la segunda visita de Malena después del embargo de los libros, Blanca se sintió decepcionada. La amiga sólo le llevó cigarros, ninguna receta ni pastillas. Con esto no me van a devolver mis cosas. Pues con medicamentos controlados tampoco, nada más te van a extorsionar más. Tú qué sabes. No seas tonta, esas medicinas son peligrosas, diles que no las conseguiste, además eso sí es difícil de pasar; mejor te traje otras novelas. Blanca las toma. Aun cuando está molesta se

susana de murga

82

siente atraída por los volúmenes. Los revisa. Se queda con uno de ellos, los otros se los regresa a Malena. Déjame sólo éste, dice, así lo puedo esconder, después me traes más. Podrás fotocopiar las últimas treinta páginas de *Los Miserables*, le pregunta a su amiga. Sí, eso sí, le responde Malena. Hablan de la urgencia de las mujeres por tener más actividades. Por eso les interesan las lecturas, comenta Blanca. No dice nada sobre sus propias necesidades, sobre el tiempo pasado en la ensoñación. No menciona sus días cada vez más mecánicos. Sabes algo de mi proceso, pregunta. No, últimamente hablo poco con tu padre. Tienes suerte de que sólo sea últimamente. A ti qué te ha dicho el abogado, interroga la amiga. Lo mismo, todo me acusa, nada avanza. No te ha dado una fecha. Sólo habla de evidencias, prórrogas, no parecen beneficiarme, también menciona cantidades aterradoras, eso lo veo en la cara de mi papá. No pienses demasiado en esas cosas, no te hace bien, tienes que atraer las energías positivas. Cuáles, que no se supone que crees en el método científico, o tal vez mi suerte se deba al RH negativo. No seas payasa. Blanca sonrío por primera vez en muchos días. Y si me haces un cambio de sangre, continúa la broma. Una cosa es la medicina, otra el poder de sugestión de nuestra cabeza y otra, eres tú, le contesta Malena, moviendo la cabeza dispuesta a seguir la conversación por ese rumbo que parece relajar a su compañera de mesa. Sigue preocupada por su estado de ánimo, las tensiones son contraproducentes para la salud de su amiga. No se lo dice, busca otra sonrisa en sus labios.

Malena le entregó las copias que le pidió para terminar, pero las lecturas de *Los Miserables* siguen en receso. Blanca pasa todo el tiempo que le permiten recostada en su camastro. Las rodillas le duelen. Con la espalda encorvada, casi en posición fetal, se las frota para calentarlas. Fue a la enfermería, o al espacio designado con ese nombre, pues más parece un puesto

mejor morir bajo un zapato

83

de socorro en medio de la sierra, probablemente con menos recursos si se contemplan los beneficios de las plantas medicinales.

Nada provee la naturaleza en esa habitación de paredes de concreto; los fármacos son insuficientes. Dos catres como los de las celdas hacen la función de camillas. Los estantes de un armario desvencijado se encuentran casi vacíos. Las visitas más comunes al lugar son para buscar medicamentos gastrointestinales. La disentería o el vómito son los padecimientos por excelencia, producto de las condiciones insalubres de la comida. La mala provisión y el uso frecuente generan un desabasto constante. Escasez que las celadoras aprovechan para vender el beneficio a visitar la enfermería o a acceder a algún alivio médico. Hay momentos en que las pastillas rosas de *Pepto-Bismol* son más anheladas que el mismo *Rohypnol*. Blanca lo ha sufrido en los últimos días. Un nuevo brote de lupus le tortura las articulaciones, le debilita el estómago y le rodea los ojos con sombras. Ya llamó a Malena. Ha debido usar cigarros, libros, prendas y muchas promesas para lograr las visitas infructuosas a la enfermería, para seguir conociendo los recovecos de la prisión. Esto se ve raro, será otra intoxicación, le dijo una mujer con bata de enfermera. Blanca sí conocía el diagnóstico, en ese momento habría dado su vida por cortisona. Si la cárcel tiene su propio tiempo, el dolor tiene el suyo, uno en el que tampoco importan las horas o los días de la semana. Uno que urge al cuerpo a rendirse más que el encierro.

La recaída ha agudizado en su cabeza el escándalo de la prisión, las voces ancianas del edificio, los lamentos de las instalaciones. Pasa las noches sin contarlas, acostada en su colchoneta, procurando no moverse. Aturdida no sólo por el dolor, sino también por el goteo incesante pero exacto de la tubería del escusado, un sonido rítmico que por la noche se convierte en ruido y le eriza los sentidos ya tensos por la enfermedad. Durante el día la construcción parece silenciarse, el movimiento interno absorbe su clamor. Sin embargo, el malestar en el cuerpo de Blanca la ha hecho notar que los ruidos diurnos también son inquietantes. Distintos a los del mundo. Las palabras son escasas, como si el tiempo les fuera borrando letras para convertirlas en claves agudas. Silbidos que van de un lugar a otro, ondas sonoras cargadas de códigos aprendidos por las internas. Chiflidos cortos, largos o entrecortados que ella no logra descifrar por completo. Es la comunicación del lugar, como un telégrafo lingual que transmite ideas pero no emociones. Le molesta el continuo silbar, el goteo, la manta rozando su piel, el movimiento de las rodillas, de los codos, hasta de los dedos. Órale güera, ahora sí pareces vampiro con esas ojeras, le dice su compañera de celda. Lástima que te falte colmillo para hincarle el diente a alguien, añade riéndose. Blanca no responde, no pueden hacerla sentir peor. Con la única persona con la que ha hablado en los últimos días es

la reclusa sin dientes, ella la visita en la celda a diario, trata de darle ánimos, la obliga a moverse. Se te va a engarrotar el cuerpo, eso me dijo tu amiga, le dice al doblarle y estirarle las piernas. La mujer se preocupó por ella y llamó a Malena; por eso tienen ahora más medicinas, la cortisona deseada. No las entregaron, la reclusa desdentada las guarda con extrema precaución, se las administra siguiendo las indicaciones, evitando las visitas a la enfermería y las dádivas a los custodios, salvo las que han empezado a dar para que le concedan unos días más de reposo. Tienes que aliviarte, ya falta poco para tu audiencia, la anima la mujer. No puedes llegar en este estado al juzgado, añade. Blanca la escucha como si la voz viniera de lejos y la cita en el juzgado fuera aún más remota. Ha pasado el tiempo, los meses se han hecho un año. Si algo aprendió es que nada hay que esperar. En el letargo, sin la desesperación del futuro, inmediato o lejano, se consigue respirar mejor. No quiero pensar en eso, contesta. Por qué, interroga la amiga. Porque aquí la esperanza no existe. Se miran en silencio. Las dos saben que es verdad. Vivir en la cárcel es la constante

mejor morir bajo un zapato

85

evasión del pensamiento, es no aspirar a nada, si acaso soñar sueños tan irreales como los que se ven al dormir. No se debe ir más allá para no acrecentar la amargura. Vivir ahí es la burla inmediata, el chiste pronto, la droga evasora. Tienes que ir, es una posibilidad, dice en voz baja la reclusa sin dientes. La respuesta es un asentimiento inexpresivo que termina con los ojos cerrados. Blanca no tiene ganas de hablar más. La mujer la sacude: no te duermas, no te van a dejar quedarte toda la vida llorando tus penas, aquí también hay que echarle ganas. Esta vez, recorrer los pasillos del penal a los juzgados tiene una connotación especial. Blanca avanza por el corredor de concreto cenizo, siente en los huesos una humedad proveniente de los muros y de su padecimiento. Camina con dos custodios que le apuran el paso. Siente las piernas débiles. Recuerda las audiencias para su divorcio. En aquella ocasión también estaba mal pero deseaba no aparentarlo, luchaba más que por un arreglo, por su dignidad. Hoy su apariencia le importa poco. Desde luego el fallo es lo trascendental. Lleva días jurándose no hacerse ilusiones, sin embargo, el corazón le late de prisa, las ansias brincan en su estómago y hacen que sus piernas tiemblen todavía más.

Llega a la reja de prácticas, ese espacio tras el cristal con los barrotes de acero. Siempre pensó que quienes se encontraban tras las rejas eran delincuentes peligrosos. La verán así ahora. Hasta su padre duda de su inocencia. Mira el juzgado, se siente perdida. No puedo vivir aquí, se dice. No hice nada, se repite sabiendo que con ello no se ayuda.

Empiezan las preguntas, las mismas de siempre, una serie en la que el orden cambia pero no las interrogantes. Si hay algo repetitivo son las leyes, piensa. Siempre los mismo argumentos, siempre los mismos delitos. Se divertirán dándole vueltas, porque a mí me parece espantoso. Las pruebas se

susana de murga

86

muestran contundentes, tanto que Blanca las percibe como una lápida sobre su pecho. Sí, la reconozco pero yo no sabía que los papeles eran falsos. Pero es su firma, le preguntan directamente. Sí, pero no sabía. Usted falsificó la rúbrica de la mandante. No, juro que eso no, responde desesperada al percatarse de que no lo ha vislumbrado todo. El abogado pide la palabra y retoma lo relatado por Blanca. Al escucharlo se da cuenta de la cantidad de veces que ha dicho no saber lo que hacía. Se siente tonta, mucho más que alguien con deficiencia mental, mucho más que alguien sin educación. Pude haber sido menos ingenua. En una semana continuará la instrucción del juicio, anuncian. Ella se aferra a los barrotes para sentir que algo la sostiene, no tiene fuerzas para dar la vuelta y volver a recorrer el pasillo. Regresar sin nada, como lo había supuesto, como trató de asumir. Ahora quiere una señal, una mínima posibilidad. La busca en la mirada del abogado, en la del juez, en la de las custodios que charlan ajenas a ella. La obligan a desprenderse de la reja, a caminar de modo que la luz queda a sus espaldas.